

ciones mas heroycas, ni por fines mas sublimes: le parecia que sus mas laudables empresas perdian su estimacion luego que eran alabadas; el darle á conocer el mérito de sus acciones era desagradarle; y los que se llegaban á él para representarle sus méritos, necesitaban disimular que conocian los de este Prelado.

Sagrados Ministros de la palabra Evangélica, ¿ cuántas veces al mismo tiempo que os abria la boca para que anunciaseis la verdad, os la cerró tambien para que callaseis las que podian mirar á él?

Y yo mismo no me veo hoy obligado con este público elogio á quebrantar, no solamente sus amados deseos, sino tambien las últimas voluntades de los muertos, que son como unas preciosas reliquias, á las que no es lícito tocar, y á las que una especie de religion civil ha hecho casi tan sagradas para los hombres como las mismas cenizas y despojos de sus sepulcros: Pero, ¡ó alma generosa y modesta! era preciso que tuvieses la gloria de reusar las alabanzas, y que un justo agradecimiento tuviese la libertad de tributartelas.

¡ Ah! alma benéfica y generosa, si despues de la dissolution de ese cuerpo terrestre podeis aún ser sensible á la gloria de la tierra, volved alguna vez la vista á estos afligidos ciudadanos con la misma utilidad que soliais mirarlos otras veces: venid á recoger en las lágrimas que mezclan con vuestras cenizas, y en los tristes suspiros con que honran vuestras exéquias, la mas dulce recompensa de vuestras fatigas, y el mas sincero tributo de su agradecimiento: venid á ver al mayor de los Reyes del mundo, no ya dandoos honrosas señales de estimacion y confianza, y recibiendoos con tanta distincion entre los Grandes de su Corte, sino no pudiendo negaros las señales de su dolor, en medio de los regocijos y aclamaciones de sus victorias, y pensando unicamente en vuestra pérdida, al mismo tiempo que toda la Europa solo piensa en sus conquistas.

Aquí

Aquí debiera yo poner fin á su elogio, pues el sentimiento de Luis el Grande nada dexa que decir. Pero podré pasar en silencio aquella gloriosa carta que ha visto toda la Francia, tan digna de conservarse en nuestros annales para la posteridad, en la que se vé aquella Real mano ocupada en dexar á los venideros un elogio digno del gran CAMILO, y de toda su ilustre familia? Yo no puedo ponderar bastantemente una circunstancia de tanto honor á su memoria; lo que yo pudiera decir nunca sería suficiente para explicar lo que pienso; las palabras de los Reyes tienen cierta energia, á la que no equivale todo un discurso; en esta carta, Luis el Grande pide por la conservacion de la salud de nuestro Prelado, y pareciéndole que como en otro tiempo el viejo Jacob al acercarse su muerte, sentia restablecerse sus fuerzas al ver el baston del mando en las manos de Josef; del mismo modo nuestro glorioso anciano recuperaria las suyas, al ver á su ilustre sobrino honrado con el baston de Mariscal de Francia; en ella le exôrta este gran Príncipe á que vuelva á su Corte, y le asegura que *nadie, sin excepcion de personas, tendrá tanto gusto en verle como él*. Reynad Príncipe, únicamente digno de ser servido, pues solamente vos sabeis honrar tan distinguidamente á los que os sirven; esto es lo mas que puedo deciros.

Pero podré pasar en silencio que este gran Príncipe se dá á sí mismo el parabien de haber hecho justicia al mérito de nuestro ilustre Gobernador? Esta sola expresion no trae á vuestra memoria su grandeza de animo, su elevacion de espíritu, otras prendas dignas aún de mas alta fortuna, y mil acciones gloriosas que ninguno de vosotros ignora, y que la palabra de paz, cuyo Ministro soy, me prohíbe el repetir en este puesto? Podré omitir que honra en ella con un glorioso monumento, y con un agradecimiento perpetuo, la memoria de aquel prudente y valeroso Mariscal, que sembró en su real animo la primeras semillas del valor y de la prudencia, y que

Tomo VIII.

H

fué

fué el primero que supo delinear á Luis el Grande? ¿Qué gloria para esta ilustre casa!

Pero, ¡ó muger ilustre que me estás oyendo! (\*) el oprobrio de Jesu-Christo ha tenido para vos mas atractivos que toda la pompa de Egipto: Aunque he referido las glorias de vuestra familia, no ha sido mi intento debilitar vuestra fé, sino ayudar vuestro reconocimiento, y manifestaros los peligros de que os ha librado la gracia, en vez de haceros estimar los falsos bienes, y los vanos honores que tan generosamente habeis despreciado.

Pasemos á la última parte de este discurso; ya os he manifestado como sus talentos le hicieron necesario al Principe, y útil al pueblo; ahora os haré ver que fue fiel á Jesu-Christo, y útil á la Iglesia por sus virtudes christianas y Episcopales.

## SEGUNDA PARTE.

CONFieso que es cosa gloriosa para un Pontífice Sagrado el haber sido, segun parece, formado por las manos del Altísimo para manejar los intereses de los Reyes, y la fortuna de los reynos. Esto, sin duda alguna, hace mucho honor á su memoria; pero si al mismo tiempo que honra al Príncipe no teme al Señor, si al mismo tiempo que vela sobre los miembros del Estado, tiene cerrados sus ojos para los miembros de Jesu-Christo, será inútil que á costa de grandes fatigas adquiera una gloria fragil para con los hombres, porque nada tiene de sólida en la presencia de Dios. *Habet gloriam, sed non apud Deum. Procuremos que los hombres nos miren, decia en otro tiempo San Pablo, como Ministros de Jesu-Christo, y Dispenseros de los Misterios de Dios.* Ahora bien, señores, ¿cómo hemos de distribuir fielmente estos misterios terribles, si no conocemos su grandeza, y nuestra

(\*) *Madama de Villeroy, Carmelita.*

tra miseria? ¿Qué fé tan viva y tan perfecta no se necesita para esto? ¿Cómo los hemos de distribuir santamente si estas divinas luces no sirven de regla indefectible á nuestras costumbres, para lo qual es necesaria una gran pureza? Además de esto, para ser asociados al ministerio de Jesu-Christo es necesario ocuparse enteramente en descubrir las necesidades de los fieles, y para esto es necesaria una gran vigilancia. Es necesario estar siempre dispuestos á aliviarlos, y para esto se necesita de una grande caridad.

Y á la verdad, ¿qué cosa es el honor del Obispado, si atendemos á lo que nos dictan la carne y la sangre en este punto, y si juzgamos de él por la miseria y relajacion de estos últimos tiempos? Hoy se mira como un puesto eminente, que puede pretenderse, que es cosa gloriosa el conseguirle, y de mucho gusto el gozarle; como un título de honor y sin obligaciones, que conserva todos los honores del Sacerdocio, repartiendo á los demás las fatigas como si fueran favores, y como una autoridad descansada, que á la sombra del fausto que la rodea decide del trabajo de los que llevan el peso del dia y del calor: Pero si consultamos al Padre de las luces, y si registramos aquellos siglos de fervor y pureza, el Obispado era un peso temible y santo, que nunca se deseaba sin temeridad, el que nadie se imponia por sí mismo sin profanarle, y baxo el qual se debia gemir con temor y temblor; era una penosa servidumbre, que al mismo tiempo que nos constituía superiores á los demás, nos hacia responsables de todos; un ministerio de amor y de humildad, que constituía al Pastor depositario de las misericordias del Señor, y de las miserias de los pueblos; ¡ó siglos de tanto honor para la fé, santa antigüedad, tan conocida en nuestros tiempos, y tan poco imitada, tiempos felices, dónde estais!

No diré, señores, que nuestro grande Arzobispo, á exemplo de Jesu-Christo, no se constituyó por sí mis-

mo Pontífice; que los deseos del Príncipe se anticiparon á sus deseos, y que le fué presentado el honor del Sacerdicio antes que él mismo se ofreciese á él. ¿Pero me he de atrever á decir, ni será creible, que la fé en medio de estar tan resfriada, es aún capáz de los esfuerzos de su primitivo fervor? Mas instancias se le hicieron á él para que se resolviese á cargar con este sagrado peso, que las que suelen hacer otros para conseguirle: Empleó tanto tiempo en reusarle, como suelen emplear otros para obtenerle; en una palabra, fué hecho Obispo despues de haberlo resistido.

Persuadido á que vos reprobais muchas veces, ¡ó Dios mío! los consejos de los Príncipes, ¡quántas veces derramando su corazon al pie de vuestros Altares, os pidió, como en otro tiempo Moysés, que enviaseis para gobernar este numeroso pueblo al que habiais señalado en vuestros eternos consejos? ¡Quántas veces poniendo en vuestras manos la suerte de su alma, y la de su dignidad, os pidió que le libraseis, ó de las flaquezas de aquella, ó del terrible peso de esta? ¡Ah! puede ser que esto consistiese en que alumbrado con vuestra santa gracia, veía en su corazon algunas reliquias de aquellos deseos del siglo que una santa disciplina ha desterrado del Santuario, y que sin duda ofenden la excelencia y gravedad del Sacerdicio christiano. Pero con todo eso, Señor, no quisisteis que otro recibiese su Obispado: Le ungiesteis con la unción santa, y aflojasteis, al parecer, un poco en la severidad de vuestras leyes, á favor del que algun dia las habia de hacer observar con tanto cuidado y bendición.

No os parezca, señores, que este es un elogio de puro cumplimiento; no permita Dios que yo afrente de este modo mi ministerio, ni que venga á insultar á la verdad hasta en los mismos Altares en donde se le adora. Vosotros mismos lo sabeis; vosotros, los que tuvisteis el triste consuelo de recoger sus últimos suspiros. Pero estoy yo acaso destinado á acordaros continuamente una

memoria tan amarga? Vosotros visteis á su alma, quando estaba para separarse de su cuerpo, buscar consuelo acerca de las inmensas obligaciones de su ministerio, del que estaba ya para dar cuenta, en la memoria de los temores que habia padecido al tiempo de aceptarle, y esperar tener lugar en el seno de Abrahám; solamente porque siempre le habia reusado en el Santuario.

¿Pero qué podreis responder vosotros en el Tribunal de Jesu-Christo, vosotros, cuya mas inocente accion al tiempo de entrar en la herencia del Señor ha sido el desealarla; que debeis á unas profanas ruindades una elevacion tan santa; que habeis subido arrastrando al trono Sacerdotal; que habeis llegado á sentaros en el Santuario del Dios vivo, sin mas mérito que haber estado mucho tiempo de pie en las antecámaras de los Grandes; y que jamás os hubierais visto colocados sobre los demás hombres, por usar de la expresion del Profeta, si no os hubierais puesto mil veces infamemente á sus pies.

Las mismas luces con que vió lo elevado del ministerio, le sirvieron tambien para conocer hasta dónde debia llegar la pureza del Ministro. Conoció que era un espectáculo monstruoso el ver las manos del Pontífice manchadas, unas veces levantadas al cielo para alcanzar aquellos preciosos rocíos que consuelan las conciencias, otras veces estendidas sobre las sagradas cabezas, derramando en las almas los augustos é indelibles caracteres del poder, y sellándolas con el sello del Señor; otras veces bañadas en la sangre del Cordero, entre el sagrado ruido de los cánticos y el humo de los inciensos, presentando con solemnidad al Dios Santo el terrible sacrificio; otras veces arrojando sobre los pecadores rebeldes unos rayos con que debiera ser herido él mismo; otras ofreciendo á los pecadores arrepentidos unos tesoros de que él se hallaba indigno: El ver una boca impura ofreciendo entre los terribles Misterios el beso de paz á unos Ministros puros é irrepreensibles; otras pronunciando las místicas palabras

y criando en el Altar el pan sagrado, que sirve de sustento á los Angeles, y el suave vino que engendra Virgenes; otras santificando los Templos de Sion, y haciendo baxar á ellos la gloria del Señor con augustas dedicaciones; otras consagrando en ellos á Jesu-Christo unas Virgenes inocentes; y otras finalmente contando las justicias y maravillas de su alianza.

Con qué honor y con qué santidad poseyó siempre el vaso de su cuerpo, por hablar con el Apóstol? No parece que había llegado á aquel punto de pureza Sacerdotal, como se explica San Gerónimo, que hace que la virtud mas penosa á la naturaleza nos sea como natural, y que, por decirlo así, acostumbra el corazón á resistir á todos los objetos que pudieran mancharle: ¿Se le vió jamás, no digo envilecer la magestad del Sacerdocio con la indignidad ó flaqueza de una pasión, pero ni aún abatirla á la ociosidad y diversion de las conversaciones? Y no os parezca, señores, que esta circunstancia era en nuestro Prelado efecto de su ancianidad, ó de aquellas tardas reflexiones, que mas se deben á los años, que á las disposiciones del corazón; que mas sirven de adornar las ruinas del cuerpo, que de reparar las del alma; en las que tiene mas parte el respeto humano, que la gracia; y que no tienen otra cosa de virtud, mas que la imposibilidad para ser vicios: Nuestro Prelado no hizo mas que recoger en el invierno lo que había sembrado en los dias de su primavera; sus pasiones se manifestaron apagadas en su ancianidad, porque las había reprimido quando empezaban á nacer; y en una tan dilatada carrera de mas de ochenta años, jamás se conoció la sensibilidad de su corazón, sino por el horror que tuvo al vicio.

¿Quién puede ignorar las mitigaciones y condescendencias que en este punto ha introducido la costumbre? Ah! esta flaqueza ya casi ha perdido su nombre y su infamia entre nosotros: Es una lepra que ya no aparta del Santuario: Los ojos christianos están ya acostumbrados á mi-

mirar sin horror levantarse un fuego profano del mismo Altar en donde arde el sagrado fuego; y al mismo corazón, que acaba de suspirar en secreto delante del Idoló; presentar públicamente al Dios Santo los suspiros, y súplicas de toda la congregacion de los fieles.

Santas y piadosas constituciones, en que atendia con tanto cuidado al pudor de los Ministros de Jesu-Christo, en donde renueva las mas antiguas leyes de la Iglesia acerca de la edad de las mugeres de que deben servirse para el gobierno de sus casas, temiendo que los mismos cuidados que se emplean en la vida del cuerpo, no sean cuidados mortales para sus almas, vosotras sois los preciosos frutos del amor que tuvo á esta Sacerdotal virtud.

Ah! si no me prohibieran los libros santos revelar la infamia de los que se presentan en el Altar, os le representaria en una parte aterrando á los Ministros escandalosos con la saludable severidad de las penas Canónicas, y colocando otros vasos de honor en el lugar de los vasos de infamia y de ignominia: En otra, alargando la mano con amorosas reconvenciones á los que la enfermedad de la carne había precipitado en el abismo, y sacando lágrimas de dolor de los mismos ojos, á quienes acaso la pasión había hecho derramar lágrimas delinquentes; otras veces, por ultimo descubriendo con piadosos artificios de caridad la infeccion de los sepulcros blanqueados, cuyos delitos parece que descansaban á la sombra de la virtud, y haciendo derramar un olor de vida á los que hasta entonces no habían esparcido mas que un funesto olor de muerte.

Sábios y zelosos Coadjutores de su Obispado, interrumpid aqui los elogios que le tributo, si os parecen excesivos; pero no, bien podeis añadir que el amor que tuvo á esta virtud fue mas fuerte que la muerte, y que se estendió este amor hasta el cuidado que tuvo de su sepulcro: Que no obstante el exemplo del Salvador, no quiso que las mugeres de Jesusalén tributasen los ultimos respetos á su cuerpo, y que fue zeloso de su pureza hasta en un

un tiempo en que no podia gozar de su mérito. Pero acaso le basta á un Obispo el haber cuidado de sí mismo? No es tambien preciso que para que cumpla toda la justicia (1) haya cuidado del rebaño de Jesu-Christo?

Acordaos pues, señores, del triste estado en que se hallaba esta dilatada Diócesis, esta Iglesia tan venerable, que trae su origen desde los tiempos Apostólicos, que fue la primera de nuestras Gaulas, que recibió del Oriente las riquezas del Evangelio, que vió llegar, y recibió con alegría á los Photinos é Ireneos, aquellos hombres divinos, teñidos aún con la sangre de Jesu-Christo que acababa de derramarse, y que al mismo tiempo que publicaban la fé, esparcian tambien por todas partes un espíritu de mortificacion y de martyrio: Esta Iglesia, que formada con sus trabajos, y fortalecida con su doctrina, mereció por ultimo ser ilustrada con su sangre, y que aún hoy conserva la primera distincion en el reyno, por haber sido la primera que recibió las luces de la fé; acordaos, vuelvo á decir, del triste estado en que se hallaba quando nuestro ilustré Arzobispo fue llamado á su gobierno.

¡Ah! todo el esplendor de esta hija de Sion estaba obscurecido; sus Profetas ya no tenían visiones, y si tenían algunas, eran falsas; sus solemnidades y Sabados casi no eran mas que disoluciones supersticiosas; las piedras del Santuario estaban indignamente despreciadas en medio de las plazas públicas; la lengua de los que debian repartir la leche de la doctrina estaba pegada á su paladar; el oro y la plata eran casi los únicos canales por donde corria hasta nosotros el agua de los Sacramentos; y Leon, esta ciudad santa, á la que la dignidad de su trono la constituye cabeza de tantas Provincias, gemia en una especie de triste viudez, y casi se habia hecho tributaria de Garizim. *Princeps Provinciarum facta est sub tributo.* (2)

Pero hablemos con mas claridad; el Sacerdote admi-

(1) *Actor. 20. v. 28.* (2) *Thren. 1. v. 2.*

tido sin precaucion á las funciones de este cargo, cumplia con ellas indignamente; el fiel, permaneciendo toda su vida en un profundo olvido de nuestros misterios, y de la ley de Dios, moria tranquilo, confiado en la buena fé de la ignorancia y desórdenes del Ministro; y la heregía, que como el ejército de los Asirios no acomete á Jerusalén sino á favor de las tinieblas, se aprovechaba de estas para trastornar sus muros, y cautivar á los verdaderos adoradores hasta dentro del mismo recinto del santuario.

Ya habia mucho tiempo que no habia visto esta Iglesia á sus Pontífices ir como nubes santas á derramar saludables rocíos sobre las diversas provincias de su jurisdiccion; los ancianos, que en lo mas retirado de sus aldeas habian tenido el consuelo de verlos, lo contaban á sus nietos como un suceso prodigioso; y si se me perdona la expresion diré, que la aparicion y curso anual de estos santos astros habia llegado á ser un fenómeno casi tan raro y prodigioso como la de los cometas.

Pero no permita Dios que yo intente aquí manchar su memoria, por honrar la del Prelado á quien lloramos: venero como debo las sagradas cenizas de esos grandes hombres; sé que tuvieron la desgracia de vivir en unos tiempos infelices; que estos desordenes mas eran vicios de su siglo que de sus personas; y que si no procedieron mejor, fué porque entonces no habia proporcion para ello.

Estas eran las ruinas de la casa del Señor quando vimos entrar en ella á nuestro Pontífice. ¿Quáles fueron entonces nuestras aclamaciones y nuestros tiernos regocijos? Templo magestuoso, en donde la uncion santa se derramó sobre su sagrada cabeza, tú nos viste mientras duró la alegre solemnidad de esta augusta ceremonia, con las manos levantadas al cielo, dirigir el suave perfume de nuestras oraciones y de nuestro agradecimiento hasta los pies del trono del Cordero, darle gracias de haber dado por Obispo á esta ciudad al que el mismo Prin-

cipe la habia dado por Gobernador, y suplicarle que hiciese renacer los días y bendiciones del Obispado del Grande Ambrosio, pues hacia revivir su historia, y casi todas sus circunstancias.

Este pasage me acuerda, señores, la primera edad de su ministerio, y estoy viendo á esta dilatada Diócesis como un cahos informe y tenebroso, que poco á poco se vá descubriendo, y cada dia ofrece á mi vista nuevos espectaculos.

En una parte se levantan sucesivamente casas de retiro, públicos manantiales del espíritu Eclesiástico, escuelas del Sacerdocio y del Apostolado, y Seminarios piadosos, tan necesarios entonces, y tan raros en el reyno, en donde léxos del comercio del siglo, y á la vista de Directores graves y consumados, se salva en tiempo la inocencia de los Clerigos del contagio del mundo, en donde se purifican los corazones que algun dia han de ofrecer á Dios las súplicas de los hombres, y en donde con las semillas de doctrina y verdad que se siembran en una sola alma, se vé crecer la suave esperanza de la conquista de otras muchas.

En otra parte, por los cuidados de un Ministro sabio é infatigable, los Pastores juntos conferencian entre sí acerca de lo que mira al reyno de los cielos, se comunican sus dudas y sus doctrinas, aprenden las mas puras reglas de las costumbres, los medios para dirigir con seguridad las conciencias, oponen la ley de Dios á las interpretaciones de los hombres, aprenden á huir igualmente de aquel zelo desabrido é indiscreto, que sin atender á nada acaba de romper la caña ya quebrantada, y de apagar la lámpara que aún arroja humo, y que con las extremas dificultades con que presenta la observancia de la ley, casi dá á los pecadores nuevos motivos para quebrantarla, como tambien de aquella indigna condescendencia, que queriendo allanar los caminos del Señor no hace mas que abrir precipicios á los fieles.

Aqui

Aqui le miro fundando útiles retiros, adonde pudiesen acudir los Pastores á reparar con el silencio y con la oracion las distracciones que suelen ser inevitables en su ministerio: Allí veo salir de aquel nuevo Cenaculo unas sagradas tropas, que van á recorrer de un modo apostólico nuestras aldeas, imitando, tanto en los prodigios, como en los trabajos, á los primeros discípulos; en una parte se ponen los fundamentos de un sagrado edificio, en donde se evangeliza á los pobres, en donde los pequeños hallan el pan que sirve de sustento al alma, el que hasta entonces habian pedido tan inutilmente como el que sustenta al cuerpo; en otra, muchas nuevas Comunidades de ambos sexos están implorando nuevas bendiciones.

Pero no advierto que esto mas parece historia que elogio: ¿Quereis, señores, que os represente á nuestro infatigable Pontífice presidiendo por sí mismo á tan piadosos establecimientos? Unas veces recorre esta dilatada Diócesis, y hace que los pueblos de la campaña vean por fin un Obispo: otras, desde su palacio Episcopal, dá movimiento á las diversas máquinas que sirven de socorrer las necesidades espirituales de esta gran ciudad: otras, zeloso de los venerables derechos de su Silla, se le vé resuelto á no ascender á una de las primeras Dignidades del Estado, por no degradar á su Iglesia del honor y dignidad de primera Iglesia de Francia.

¿Os le representaré sufriendo las fatigas de la administracion de los Sagrados Ordenes en las mas numerosas concurrencias? ¡Ah! Poco tiempo há que le vimos, á pesar de lo abanzado de su edad, y de lo vivo de sus dolores, recoger las fuerzas que le habian quedado para dar todavía Ministros á la Iglesia, y dexarla, por decirlo así, unos hijos de su dolor. Otras veces, á la cabeza de una Congregacion de Sacerdotes prudentes, como dice el sabio, le vimos tomar con ellos medidas santas para dilatar el reyno de Jesu-Christo, pedirles su consejo con bondad,

dad, oírle con estimacion, seguirle religiosamente, y mantener con su autoridad lo que allí se habia deliberado con su prudencia. Si, señores, el entendimiento mas elevado de su siglo, el mas vasto, el mas recto, y el mas capáz no hallaba seguridad en sus propias luces, y se persuadia á que nunca pueden ser excesivas las precauciones en un ministerio en que las faltas son irreparables.

Sagrados Ministros de Jesu-Christo, que formabais aquella prudente y sabia junta, ¡ojalá tenga la misma condescendencia á vuestros saludables consejos el Pastor que destina la Providencia para el gobierno de esta illustre Iglesia! ¡Ojalá vuestras antiguas y santas fatigas se continúen con otras nuevas!

¡Ah! Si no me fuera preciso contenerme dentro de los límites de un discurso, yo os haria ver con toda claridad lo que hasta ahora solamente os he manifestado como en bosquejo: Los Clerigos atentos á su ministerio, los pueblos instruidos por su doctrina, socorridos con su zelo, edificados con su exemplo todo este grande Obispado, en el que con tanta libertad reynaban los abusos y los desordenes de los ultimos siglos, renovado, y casi semejante á la disciplina de los primeros tiempos.

¡Padre de misericordias, y Dios de todo consuelo! ¿No tenemos justo motivo para esperar que vos no habeis de excluir del eterno festín á aquel de quien os servisteis para hacer entrar en él tantos ciegos y cojos? ¡Ah! Me parece que os está diciendo en vuestro terrible tribunal, donde espera la decision de su eternidad: Es verdad, Señor, que acaso mis obras no os parecerán perfectas; yo no soy mas que polvo y ceniza, y así no puedo aspirar á justificarme en vuestra presencia; vos sois un Dios zeloso, y puede ser que los cuidados del siglo hayan dividido demasiado mi corazon entre vos y las criaturas; vos me disteis un puesto distinguido en el sosiego del santuario, y puede ser que yo introduxese en él algunas reliquias del tumulto y diversiones del siglo; pero mirad

á esta dilatada Iglesia, que queda tan afligida con mi pérdida; desde luego convengo, Señor, en que no tengo mas mérito que éste en vuestra presencia: *Apud te laus mea in Ecclesia magna.* (a) Yo os ofrezco los sudores y trabajos de tantos Ministros como he formado; las súplicas fervorosas, y las preciosas lágrimas de compuncion de tantos pecadores, á quienes todos los dias están dando á gustar el don celestial, y las virtudes del siglo futuro; los escandalos y profanaciones de tantos dispenseros infieles como he corregido, la piedad de tantos christianos á quienes su mal exemplo hubiera sepultado en el abismo; presento delante del trono de vuestra misericordia los preciosos frutos de tantas piadosas fundaciones como he facilitado, los devotos ejercicios de tantas casas santas como he consagrado, y sobre todo, los votos y afliccion de las hijas del Carmelo, donde mi cuerpo espera la gloriosa inmortalidad. ¡Ah! Quando suba á vuestro trono el olor de sus sacrificios, acordaos Señor, de que yo mismo encendí los primeros fuegos, y dispuse casi todo el aparato.

¿Pero os parece, señores, que me olvido de que remedió la hambre, apagó la sed, y cubrió la desnudez de los miembros de Jesu-Christo? ¿Qué motivo mas justo para confiar? ¿Es posible que me ha de ser preciso pasar tan rápidamente por uno de los mas preciosos pasages de su vida? Pero publicadlo mas despacio vosotros cuyas necesidades alivió, y esa misma voz de que tantas veces os valisteis para exponerle vuestras necesidades, sirvaos en adelante para contar su liberalidad.

¿A cuántas familias nobles que estaban para arruinarse no alargó sus caritativas manos? ¿Cuántas personas jóvenes de ambos sexos deben á sus cuidados su educacion, su establecimiento, y aún acaso tambien su inocencia? Aquellas desgraciadas familias, que son como secretos así-

los  
(a) *Psalm. 21. v. 26.*

los de la necesidad y de la miseria, ¿ cuántas veces lo fueron tambien de sus dones y riquezas? ¿ Halló acaso jamás la vergonzosa pobreza tantos artificios para ocultarse, como supo él hallar para descubrirla? La pobreza pública pudo jamás adelantar las ansias de ser socorrida, al cuidado que él tuvo de socorrerla? Finalmente, ¿ las rentas de su Obispado no eran rentas anuales de los pobres de su Diocesis? ¿ No estuvo siempre persuadido á que era preciso ocultar honoríficamente en su seno, como en un vivo santuario, los sagrados tesoros que sacaba del mismo santuario?

Este fue el hombre grande, y caritativo Prelado á quien hoy tributáis estos tristes y magníficos respetos, ilustres y afligidos ciudadanos. Las lecciones que dá una larga ancianidad acerca de la vanidad de las grandezas humanas, aquellos freqüentes amagos de muerte, que solamente parece que le ponian á las puertas del sepulcro para que viese mas de cerca la fragilidad del mundo que nos encanta, para que atendiese con mas cuidado á la ley de Dios, cuyas verdades mas esenciales y penetrantes se hacia leer todos los dias; su fé y su religion, que se fortificaban al paso que se debilitaba su cuerpo terrestre, prepararon su grande alma á que por último viese llegar sin temor el dia del Señor; vióle, y depositó todos sus temores en el seno de la divina misericordia, y estando tan distante de la falsa seguridad de que se precia el mundo, como de las tímidas inquietudes que afrentan á la fé, atemorizado con la vista de su Juez, y asegurado con la presencia de su Salvador, bañado todo en la sangre del Cordero que acababa de aplicarle la Iglesia en sus Sacramentos, acompañado de las lágrimas de la ciudad y de la Provincia, de los llantos y suspiros de los pobres, de las oraciones de tantos Ministros, y honrado con el sincero sentimiento del Príncipe, fue á presentarse con confianza delante del tribunal de Jesu-Christo, y en una sola muerte dexó un universal motivo de luto y de triste-

teza, como dice San Ambrosio, hablando de la muerte de su hermano: *Privatum funus, sed fletus publicis universorum fletibus est consecratus.* (a)

No esperéis aqui á que recoja las fuerzas que aún me quedan para excitar vuestra fé, y que á vista de la muerte y de sus despojos os haga acordar de la triste necesidad de morir; no esperéis á que sobre un sepulcro en donde se halla encerrado quanto puede dar de sí la fama, la mayor grandeza de las Dignidades, lo mas sólido del mérito, lo mas apreciable del favor, y lo mas apetecible que en sí tienen el nacimiento y las riquezas, os avise de que la fama no es mas que un puro nombre, las dignidades distinciones vanas, el favor un puro entretenimiento, la reputacion un sonido que se deshace en el ayre, y el nacimiento una fantasma á la que los hombres han determinado respetar: En una palabra, que todo quanto vemos perecerá, y que únicamente permanecerán las invisibles felicidades. ¡ Ah! mas quiero dexar á un espectáculo tan tierno é instructivo el cuidado de que él mismo os desengañe, que debilitar con reflexiones la secreta fuerza que tienen sobre el corazon estas tristes y religiosas ceremonias.

Subid al altar, Ministros santos de Jesu-Christo, acabad de rociar esas amadas cenizas con la sangre del Cordero, sellad ese sepulcro para que no llegue á él en el dia terrible de las venganzas el Angel exterminador. ¡ Ah! ojalá ese santo Cordero, esa adorable víctima que vais á ofrecer, sea para este ilustre difunto, como en otro tiempo para los hijos de Israel, un feliz paso de las tinieblas de Egipto, de aquellos lugares oscuros donde acaban de purificarse las almas de los fieles, á la tierra de los vivos, y á la morada de la inmortalidad. Amen

ORA-

(a) *S. Ambr. orat. funeb. in ob. Fratr.*





ORACION FUNEBRE  
DE FRANCISCO LUIS DE BORBON,  
PRINCIPE DE CONTI.

*Habeo claritatem ad turbas, & honorem apud seniores, juvenis: Acutus inveniar in judicio, in conspectu potentium admirabilis ero, & habebó immortalitatem.*

Me he hecho ilustre entre los pueblos, y me haré respetar de los sabios y ancianos, aún siendo joven: Los Príncipes y poderosos admirarán lo vasto de mi talento, y la penetracion de mis juicios, y gozaré de inmortalidad. *Sap. 8. v. 10. 11. 13.*

SEÑOR.

Supuesto que el mismo Espíritu de Dios, fuente de toda verdad, alaba en un Príncipe de Judá los talentos raros y prodigiosos que forman á los grandes hombres, ¿para qué he de usar yo de otro estilo?

¿Por qué, ó ponderando demasiado la obligacion de mi ministerio, ó la nada de las grandezas humanas que nos pone á la vista esta fúnebre ceremonia, me he de valer del estilo de la piedad, para deciros que la gloria de las armas es un ruido vano, que las virtudes civiles, en las que consiste el sosiego y armonía de la so-

cie-

ciudad, son puros nombres, que un entendimiento sublime y los grandes estudios no son mas que unos falsos vislumbres, que solo tienen de verdadero el engaño que los admira, y finalmente, que son nada los mayores hombres?

Dexemos á los dónes del Autor de la naturaleza todo su mérito y su uso; respetemos estos grandes espectáculos con que su poder adorna de tiempo en tiempo al Universo, dexando ver en él unos hombres extraordinarios; y no confundamos el abuso que hace la soberbia de los dónes de Dios, con la gloria que está anexá al buen uso que de ellos deben hacer los hombres.

Es verdad que la gloria de los pecadores no es mas que un gusano, que al mismo tiempo que brilla exteriormente, los corroe y despedaza en el interior por la injusticia de sus deseos, formándolos el suplicio de su misma grandeza.

¿Pero no son los pecadores obra de Dios? Todo el bien que en ellos se halla viene de su Magestad; pone en ellos aquellos dónes eminentes que sirven para felicidad de los pueblos, para seguridad de los Estados, para defensa de los Altares, para honor de la humanidad, y para elevarlos á ellos mismos por medio de estas grandes prendas con que los ha enoblecido, de la baxeza de las cosas presentes á la grandeza de las eternas.

Son culpables quando hacen servir los dónes de Dios á la injusticia, y quando en estos mismos medios que Dios los proporciona para salvarse, hallan ocasion para perderse.

Y así, señores, si el *MUY ALTO, MUY PODEROSO, Y MUY EXCELENTE PRINCIPE, FRANCISCO LUIS DE BORBON, PRINCIPE DE CONTI*, á quien llora toda la Francia, á quien echan menos los Extrangeros, y á quien nuestros mismos enemigos, olvidándose de las pérdidas que les causó su valor, honran con su sentimiento y sus elogios, si este Príncipe no hubiera sido mas que un gran-

Tomo VIII.

K

de